

## Un relato.

*Por María Florencia Dalio, docente de Nivel Primario.*

Me llamo Florencia, tengo 15 años de antigüedad en la docencia, soy de Rosario y hace 11 años viajo todos los días a la ciudad de Puerto San Martín a dar clases en una escuela alejada del centro donde conviven la clase media que manda a sus hijos a las escuelas del centro y la clase baja que manda a sus hijos a la escuela del barrio, clase baja que está compuesta por gente que viene del Chaco o norte de Santa Fe en busca de un mejor futuro.

Cuando suspendieron las clases, allá por el 16 de marzo, pegamos actividades escritas en hojas o hechas en la compu en el vidrio de ingreso al establecimiento y las familias iban y sacaban fotos con sus celulares, algunos modernos y otros (la mayoría) de los “viejitos” porque eso que dicen todos que los que cobran la asignación se compran “puchos, celus y vino” es mentira.

Después dejamos de asistir los docentes por decisión del Ministerio de Educación y ahí tuvimos que ver de qué manera podíamos contactarnos y así hacerles llegar las actividades. Logramos contactarnos con algunos alumnos, al día de hoy de 62, solo nos faltan 11 contactar, pero también de esos 51 alumnos, muchas veces perdemos contactos porque no tienen para cargarles créditos, se quedaron sin datos móviles etc.

Aunque no me gustaba la idea de esa forma de “dar clases” para que no me resultara fastidiosa la situación me propuse tratar de mantener el vínculo con los chicos y sus familias porque se en el lugar donde trabajo y sé que para muchos niños y niñas la escuela es un bálsamo dentro en la realidad en la que viven.

La primer actividad era un cuento y consignas breves referidas a ese cuento y aparecieron cosas que no tuve en cuenta: “seño no tengo plata para imprimir la tarea o sacarle copia” “seño la seño de primero mando cinco hojas que recién termino de pasar a mano y no puedo hacer lo mismo con la tarea que usted mando y G. no quiere hacerlo y encima de todo no tengo que darle de comer, seño... perdón seño pero usted no sabe si en la escuela le darán comida del comedor si los llevo, por lo menos que coman al mediodía bien” y yo con un nudo en mi garganta desde mi casa pensando mientras le contestaba si era lógico que yo pretendiera que leyeran o hicieran una tarea cuando su mamá que los tenía que ayudar pensaba que les daba de comer a la noche y pensaba también si era productivo para los chicos y chicas transcribir 4 o 5 hojas de tarea para después realizarla desde un celular que deben compartir entre 3, 4 o más hermanos

Tomé la decisión desde ese momento de que mis tareas sean espaciadas y que las pudieran hacer sin necesidad de copiar mucho ni de recurrir a la fotocopidora del barrio o a la vecina con impresora que les cobra.

Somos tres docentes que trabajamos las distintas áreas y nos dividimos los chicos y chicas, no usamos grupos de WhatsApp de padres, mandamos a uno por uno las actividades de nuestras áreas y de las áreas especiales, en mi caso tengo 28 familias con las que me comunico

diariamente porque siempre están las consultas, en diferentes horarios y la mayoría tiene que ver con cosas ajenas a lo pedagógico.

Sé que lo que nos está tocando vivir es una pandemia y que las cosas se dan así y hay que aceptarlas y amoldarse a las nuevas tecnologías y demás, pero las nuevas tecnologías y la distancias no entienden de lazos afectivos, lazos que se construyen desde lo presencial, palabras que suenan mejor cuando uno mira a los ojos que a través de un zoom o un audio por chat.

No hay como el encontrarse en la escuela y como el abrazo o saludo diario y saber que ese niño que te saluda con una sonrisa viene de una mañana donde a lo mejor recibió golpes o seguramente tuvo que salir a cantonear con su papá porque si no comen, esto es lo que pienso desde que empezó el aislamiento hace 90 días, como serán sus días lejos de la escuela.